

equivocadamente creían instigador y autor de la celada en que había muerto alevosamente asesinado su rey. Supieron por prisioneros que se había retirado á la provincia de Valeria, muy distante del teatro de la guerra de desolacion, y ávidos de su sangre, dirigiéronse allí á toda prisa. Fueron á su encuentro dos legiones, la panónica y la mélica, ambas aguerridas y de brillantes servicios, que á haber obrado con acuerdo mutuo habrían quedado victoriosas. En lugar de concertar sus movimientos, se disputaron el honor de atacar cada una sola á los saqueadores, los cuales no tardaron en saberlo, y para aprovechar el momento de desunion se precipitaron sobre la primera legion, que era la mélica, antes de que se hubiese dado la señal formal de ataque y de que los soldados hubiesen tenido tiempo de prepararse. Casi todos murieron, y lo mismo habria pasado á los de la segunda legion, sobre la cual se precipitaron los bárbaros con mayor ánimo todavía, si no se hubiese salvado gran número huyendo á todo correr.

En tan fatal situacion presentose el salvador de las provincias danubianas en la persona de Teodosio, jefe militar superior (*dux*) de la Mesia, jóven casi imberbe, é hijo del salvador de la isla británica de igual nombre.

Este jóven, que despues fué emperador de Oriente, al cual libertó igualmente de otra inundacion de bárbaros incomparablemente mas numerosa y pujante, acababa de rechazar con éxito en la época de que tratamos otra embestida de bárbaros, la de los limigantes, ó sean aquellos sármatas que habian sido expulsados por sus propios esclavos de la misma raza. Como antiguos compañeros de expediciones habian penetrado en la Mesia mientras sus amigos los cuados efectuaban su invasion en la provincia ilírica. Teodosio tuvo muchos encuentros, siempre victoriosos, con ellos, causándoles pérdidas tan sensibles, que se retiraron del país; pero reforzados con nuevas huestes volvieron otra vez y entonces derrotólos Teodosio tan completamente «que los animales de rapiña de la tierra y del aire pudieron hartarse de sus cadáveres.» Los pocos que se salvaron perdieron su insolente brio y se quedaron á respetuosa distancia de un general tan hábil, de tan terrible empuje y que apenas pasaban la frontera los aniquilaba y dispersaba. Desengañados diéronse finalmente por vencidos, solicitaron y obtuvieron perdon y olvido de lo pasado y celebraron en el año 374 con Teodosio un armisticio, que cumplieron esta vez. Al mismo tiempo llegó de Galia un gran ejército conducido por Valentiniano mismo.

En aquella época hablaban los romanos de una *Alamania* como país de los alamanos. Es decir, que daban ya nombres propios á grandes colectividades de pueblos, mientras que antes solo designaban tribus y sus territorios como Cherusquia.

Hallábase el emperador ocupado en la construccion de un fuerte cerca de Basilea, conocido despues entre los habitantes por Robur, cuando le llegó el parte del prefecto Probo con la noticia de la derrota de las legiones y demás sucesos desgraciados ocurridos en la provincia ilírica. Despues de pensarlo bien, como era su costumbre, despachó al sitio de la desgracia á su ministro Paterniano, para que se informara de la situacion con minuciosidad, y segun el resultado que arrojara esta investigacion, prometió socorrer sin demora la provincia y destruir á los bárbaros que segun le decian habian osado violar la frontera militar, y con solo la noticia de su llegada se retirarian. Entonces le era imposible ponerse en marcha porque el invierno llamaba á la puerta y dificultades grandes y pequeñas se presentaban en gran número. Todos los dignatarios y grandes de su corte se esforzaron con súplicas y reflexiones en hacerle demorar su partida hasta la primavera, exponiéndole que todos los caminos

estaban cubiertos de hielo y nieve, que era imposible encontrar una brizna de yerba para los caballos ni viveres y otras provisiones para la gente; le recordaron el instinto feroz de los pueblos bárbaros fronterizos, y sobre todo de Macriano, que una vez fuera el emperador se atreverian á llegar hasta las mismas murallas de las ciudades, cosa que generalmente solian evitar limitándose á saquear y devastar los llanos. Cedió Valentiniano, como no podia menos á tan plausibles razones, y en seguida mandó invitar al rey Macriano á una entrevista amistosa cerca de Maguncia con el objeto de concertar un convenio formal entre ambos potentados. Macriano aceptó la proposicion y se presentó con una arrogancia por demás insolente, como superior á quien corresponde dictar condiciones, con la cabeza erguida, en medio de los suyos que llenaban el aire con el ruido de sus escudos. No quiso y con razon pasar á la orilla romana y fiarse de la lealtad del enemigo; pero como Valentiniano necesitaba la paz mas que el rey bárbaro, para poder disponer de las tropas, hubo de ceder y pasar al territorio de Macriano que tampoco quiso acceder á tener la entrevista en el rio, como la habian tenido el emperador Valente y el rey visigodo Atanarico.

Así, pues, el emperador mas poderoso de la tierra atravesó con un fuerte séquito el rio en varias barcas, y pisó con gran cautela la otra orilla donde se destacaba su figura en medio de las refulgentes enseñas guerreras que llevaba su acompañamiento. Poco á poco fué menguando la confusion y estruendo que armaban los bárbaros; y los dos potentados pudieron entenderse, hablar y convenir en la paz que se juraron solemnemente. El gran perturbador se retiró al fin y al cabo amigo y aliado de Roma, y cumplió noblemente hasta el fin su juramento. Murió despues en una expedicion contra los francos, en cuyo territorio, que el autor llama por primera vez Francia (1), habia penetrado llevando con ciego ardor la destruccion á todas partes, hasta que cayó en una emboscada del rey franco Melobando. Es probable que en la paz estipulada con Roma, esta concediera abundantes subvenciones en dinero y cereales y acaso en territorio á los alamanos, los cuales saciaron sus instintos guerreros en los francos, como convenia á la secular política de Roma de excitar á los bárbaros á aniquilarse mutuamente.

Valentiniano, despues de ratificar solemnemente el pacto con el rey alamano, se retiró tranquilo ya á Tréveris, sus cuarteles de invierno, y á principios del año 375 partió con su ejército siguiendo los caminos acostumbrados hácia el Danubio. Antes de llegar al territorio de los cuados y sármatas, se le presentó una embajada de estos últimos, que se prosternó delante de él suplicándole humildemente que tuviese compasion de su país y lo tratara con benignidad, pues que en breve se convenceria de que el pueblo sármata era inocente de los daños causados al imperio. Estas súplicas fueron repetidas tantas veces, que al fin prometió el emperador examinar escrupulosamente el asunto sobre el mismo terreno de los sucesos y proceder en consecuencia. Desde allí se dirigió á Carnunto, ciudad ilírica, entonces despoblada y en estado de repugnante abandono, pero bien situada como punto estratégico, desde el cual podia observar todos los movimientos de los bárbaros é intervenir segun lo exigiera su plan en los acontecimientos. Los empleados civiles y militares temblaban temiendo la rendicion de cuentas, la investigacion y el castigo severo del soberano; pero éste siguió su sistema de ser riguroso para el soldado raso y empleados inferiores, y condescendiente con los funcionarios superiores.

(1) Como antes designó ya el territorio de los alamanos con el nombre de Alamania.

res. Ni siquiera formó causa á los asesinos del rey Gabinio ni á los empleados que tan cobardemente habian abandonado la Panonia y dejado abierta al enemigo la frontera, con lo cual habian causado tan graves perjuicios y tan profunda herida al imperio.

En esta relacion nos presenta Amiano un cuadro de la espantosa corrupcion que se habia introducido en la administracion romana y extendido su contagio á las familias mas nobles y antiguas, arruinando al pueblo, acabando la riqueza pública y pervirtiendo el carácter nacional. El emperador buscando por todos los medios de donde sacar recursos, sin mirar si eran ó no justos y legales, para cubrir los inmensos gastos que le causaban las embestidas cada vez mas furiosas de los bárbaros en todas las fronteras, que le obligaban á emplear sumas colosales en las obras de fortificacion, descubrió la mala administracion del prefecto Probo, de la antiquísima familia de los Anicios, á pesar de los esfuerzos indignos que este hizo para ganarse las simpatías de Valentiniano. Esta era la costumbre de todos; en lugar de abrir al soberano los ojos sobre la ruina del pueblo, estrujado por tantas contribuciones, justas é injustas, prestábanse á satisfacer su codicia apretando todavía mas los tornillos de la máquina tributaria. La presion habia llegado á todas las clases de la sociedad y tan insoportable era que muchas familias distinguidas de la Panonia habian emigrado para no verse completamente arruinadas; otras personas, no pudiendo ya satisfacer las exigencias de los implacables agentes del fisco, gemian como deudores insolventes en lóbregos calabozos, y muchos cansados de tanta miseria habian buscado en la muerte el único consuelo que les quedaba. Los lamentos eran generales y la voz del angustiado pueblo contribuyente se oia en todas partes; pero Valentiniano no veia ni oia nada, «como si se hubiese tapado los oidos con cera,» preocupándose solo de donde sacar mas dinero y contando las cantidades que ingresaban.

Es de suponer que siendo hijo de Panonia habria tratado á esta provincia con menos dureza, si hubiese conocido á tiempo y no demasiado tarde y por una pura casualidad, el estado calamitoso en que se encontraba. En efecto, como costumbre abusiva de la época, habia obligado el perfecto Probo á todos sus subordinados á enviar diputaciones al emperador para significarle su adhesion y su gratitud por el benéfico gobierno del hombre al cual habia confiado la administracion de la provincia. Presentóse tambien la comision de los epirotos, presidida por el filósofo Ificles, hombre honrado, inteligente y recto, adicto á la escuela de los cínicos y muy conocido de Juliano en su tiempo. Habia nacido en un pueblecillo llamado Miconofzi cerca de Cibale, y solo cediendo á vivas instancias de su distrito habia aceptado tan delicada mision. El emperador, que tambien le conocia, le recibió muy bien, se informó de él sobre el estado de su distrito y preguntóle si sus compatriotas los epirotos pensaban respecto del prefecto lo que decian, á lo cual contestó el filósofo como hombre amigo de la verdad: «Suspirando y contra su voluntad se expresan así.» Una flecha que le hubiese tocado no habria causado mayor efecto en Valentiniano que estas pocas palabras, y ya no paró hasta sacar todo el ovillo por este cabo, dirigiendo toda clase de preguntas en apariencia sobre cosas insignificantes y en lengua griega al filósofo, porque no debian de saber este idioma los que estaban presentes. Fué informándose de antiguos conocidos, preguntó dónde estaban, qué se habia hecho de algunos en su tiempo famosos, ya por su opulencia, ya por sus méritos personales; y cuando supo que el uno se habia ahorcado, que otro se habia dado otra muerte por desesperacion, que este habia huido al otro lado del mar y que el otro habia espirado bajo los golpes del látigo

con bolas de plomo, se llenó de ira. No la calmó, antes bien la irritó mas, con miras egoistas, otro empleado, el mayordomo Leon (*Magister officiorum*); y es de suponer que atendido el carácter iracundo de este emperador, que poco despues murió de un arrebato de ira, fuese duramente castigado el prefecto culpable. Pero de semejantes revelaciones casuales pendia el bien y el mal de las provincias en tiempo de los emperadores y eso que Valentiniano fué de los mas enérgicos.

Tres meses de verano pasó Valentiniano en Carnunto ocupado en hacer acopios de armas y de provisiones de toda especie para atacar con energía en el momento favorable á los cuados, autores de tan formidable sublevacion. Cuando llegó el momento oportuno mandó delante á Merobando con su infanteria y al sub-gobernador Sebastianiano con orden de devastar á sangre y fuego las comarcas del enemigo. El mismo penetró en su territorio por el lado de Acineo, hoy Ofen, donde pasó el rio por un puente de barcas hecho á toda prisa. Los cuados, muy prevenidos, se habian retirado en su mayor parte con su familias y bienes á las sierras peñascosas desde cuyas cumbres pudieron ver aterrados las legiones conducidas, contra lo que esperaban, por el mismo emperador recorriendo y devastando su país, degollando á todas las personas que no habian podido huir á tiempo sin distincion de edad ni de sexo, y quemando las viviendas. Naturalmente la expedicion regresó sin haber experimentado la menor pérdida, pero tambien sin atreverse á emprender nada contra la poblacion refugiada en las montañas.

De vuelta á Ofen, sobrevino un otoño extraordinariamente prematuro, tanto que Valentiniano no sabia donde alojar sus tropas convenientemente durante el invierno; todo el país se cubrió de hielo y el frio era grande, de suerte que hubo que contentarse con establecer los cuarteles de invierno en Sabaria, hoy Stein del Anger, poblacion en malísimas condiciones tambien por las muchas calamidades que habia sufrido. No dió Valentiniano mucho descanso al ejército por mas que lo necesitaba grandemente, y volvió á ponerse en marcha á lo largo del rio, reforzando las guarniciones del campo atrincherado y de los fuertes del cordón fronterizo militar, y regresó á Bregrecio, hoy Szöny no lejos de Comorn ó quizás *Grau*, la ciudad hoy metropolitana de Hungría, donde «muchos signos presagiaron su próxima muerte.»

Presentáronse allí embajadores de los cuados á suplicar de rodillas les perdonase y concediese la paz en cambio de lo cual prometieron contingentes armados y otras condiciones ventajosas para Roma. Convínose en un armisticio, porque la escasez de viveres y la crudeza de la estacion no permitian emprender nada contra aquel pueblo que en último resultado poco habia perdido con la devastacion de su territorio. En actitud humilde y tímida declararon los enviados que no era su pueblo como tal, conducido por sus caudillos naturales, el que habia faltado á los pactos celebrados con Roma, sino que eran bandas de aventureros que vivian en el confin de su territorio cerca del rio las que habian violado la frontera y cometido los desafueros que se lamentaban; y que podria dispensarles olvido de todo lo sucedido pues que la construccion de la fortaleza empezada en su territorio contra todo derecho y en tiempo tan inoportuno habia sido un motivo bastante para llenar á sus hombres de coraje.

Apenas empezaron á pronunciar estas excusas cuando la ira mal retenida se apoderó del emperador, tomando mas incremento á medida que proseguian en su relacion; y les contestó llenándoles de improperios y calificando á todo su pueblo de ingrato, que no tenia memoria de los beneficios recibidos. Ya parecia haberse desahogado y tranquilizado



un poco con esto, cuando de repente cayó mudo como herido de un rayo, arrojando un río de sangre por la boca y espirando en brazos de los que le rodeaban (17 de noviembre 375).

A toda prisa se nombró sucesor suyo en 23 del mismo mes a su hijo Valentiniano, segundo de este nombre. No tenía más de cuatro años; su padre le había llevado consigo en esta campaña, porque antes estaba el niño con su madre en una quinta distante cien millas romanas de Ofen ó Bregecio. Las personas allegadas á la familia ocultaron la muerte del emperador unos cuantos días para que Merobando, á la sazón ocupado en el país de los cuados, tuviera tiempo de retirarse, levantando tras sí el puente de barcas, fingiendo hacerlo todo por orden de Valentiniano, y procurando que los cuados no supieran su muerte hasta que estas fuerzas avanzadas estuvieran á salvo.

En la ojeada que dirige Amiano á los sucesos anteriores á la muerte de cada emperador, vuelve á indicar, al hablar del reinado de Valentiniano I, que su primer cuidado fué asegurar bien los castillos situados junto á ríos, las ciudades y comarcas rurales de la Galia, y que mas expuestas estaban á los ataques de los alamanos, que se habían levantado mas amenazadores que nunca, al saber la muerte de Juliano. Desde la época de Constante, era Juliano en efecto el único emperador y caudillo romano á quien habían temido; pero muy pronto tuvieron motivo de temer también á Valentiniano I que reforzó las tropas y aseguró la defensa del río por campos atrincherados y castillos fuertes en ambas orillas hasta hacer imposible toda invasión de sorpresa por parte del enemigo.

De todo se infiere que Valentiniano renovó las obras defensivas del Rhin, pero no el antiguo cordón militar avanzado; y aun es permitido pensar que parte de la orilla derecha quedó enteramente abandonada como se desprende de lo ocurrido junto á la fortificación del Monte Piro.

Amiano vituperó á Valentiniano I por su codicia insaciable, que apelaba á todos los medios buenos ó malos, y no retrocedía ante la ruina de sus víctimas; pero por otro lado le alaba diciendo que se mostró muy solícito para aliviar á los habitantes en todas las provincias de la pesada carga de las contribuciones, dos extremos que se excluyen. El gobierno debía conocer que con la excesiva tributación habría aniquilado para siempre la fuerza contributiva de la muchedumbre, de la gran masa general de los provinciales; de aquí el deseo de otorgarles alivio; pero por otra parte los gastos colosales que exigieron las guerras partas y luego la defensa de las fronteras, obligaron al emperador á echar mano de todos los medios lícitos ó ilícitos y á despojar á los ricos por medio de procesos y confiscaciones.

Temíase que Graciano, el hijo mayor del difunto, entonces de edad de 16 ó 17 años, recibiera muy mal el procedimiento de los cortesanos y jefes del ejército danubiano; pero el temor resultó infundado, porque Graciano reconocía sin ninguna objeción á su hermano menor por co-emperador, y lo mismo sucedió con las legiones de la Galia, siempre inclinadas á amotinarse, y con algunos generales.

Nada dice Amiano respecto de los arreglos hechos con los cuados y sármatas. Los peligros que amenazaban al imperio de parte de los bárbaros debían de ser muy serios cuando bastaba hablar de sus movimientos para espantar á Valentiniano, hombre tan aguerrido y valiente. Razon tenía para espantarse como se demostró después, porque apenas hubo cerrado los ojos, cuando los visigodos y numerosísimas tribus de otros godos que huían de los hunos, hubieron de ser admitidos en el imperio oriental, donde luego excitados por el hambre hasta la desesperación por culpa de los lugarte-

nientes romanos, resultaron enemigos tan terribles, que devastaron á sangre y fuego la mayor parte de las provincias y libraron al emperador Valente la batalla de Adrianópolis en 9 de agosto de 378 en que este emperador perdió la vida y una tercera parte de su ejército, conforme ya relatamos en la primera parte al tratar de la historia de los godos.

Graciano encargóse de la Galia con sus provincias anexas, y bajo su dirección dejó la Italia con sus provincias á su pequeño hermano.

Atendidas la dificultad de las comunicaciones y la ninguna relación entre pueblos bárbaros que no eran vecinos, no se puede suponer que obrasen de acuerdo los del Danubio y los del Rhin, excepto en algún caso fortuito ó cuando algún cataclismo grande amenazaba al imperio, y los bárbaros en un extremo llegaban á saber que todas las tropas que defendían el imperio por aquella parte habían de acudir á la parte opuesta; conforme sucedió en los primeros años del reinado de Graciano. En la obra de Amiano falta por desgracia el trozo de la historia de este joven emperador que abarca desde el mes de noviembre del año 375 hasta el año 378 y que debía formar el libro XXXI; el que lleva este número debió de ser el XXXII.

La casualidad produjo uno de esos ataques, simultáneos en apariencia, efecto de un previo acuerdo entre pueblos bárbaros bastante distantes. Uno de los pueblos mas funestos para los distritos fronterizos romanos era el de los «lentios» del grupo de los alamanos, que habitaba distritos cerca de la Retia, donde hoy está la ciudad de Linz, entonces plaza fuerte romana llamada Lentia. Los lentios no observaban tratados ni pactos, sino en cuanto les servían de medio de librarse de un peligro.

Uno de los individuos de este pueblo que se enganchaban en el servicio á sueldo del imperio, un escudero del emperador (*armiger*) volvió con licencia temporal á su país para algún asunto personal suyo; y deseoso de contar sus aventuras, contestó gustoso á todos cuantos le pedían noticias de la corte imperial, que Graciano, llamado por Valente para que le socorriera contra los godos que tenía en su país, estaba á punto de partir con su ejército al auxilio del imperio de Oriente.

Esto lo oyeron los lentios con una alegría feroz, acordándose de que también eran vecinos del imperio; y allegando en seguida grandes masas, ávidos de botín pasaron en el mes de febrero el Rhin á favor del hielo sin hacer caso del frío, quizás mas abajo de Schafhausen, y fueron victoriosamente rechazados, bien que con grandes pérdidas de ambas partes, por los cuerpos de petulantes y de celtas que acudieron oportunamente.

Apenas se habían retirado los bárbaros, cuando supieron que aquellos cuerpos no eran el ejército entero de la Galia, sino que éste ya había marchado y debía hallarse á poca distancia de la provincia ilírica. Esta noticia los inflamó tanto que dispusieron una invasión mucho mas vasta llamando á los hombres armados de todas las comarcas alamanas, y reunieron una hueste de 40,000 guerreros. Otros, para realzar el mérito de la victoria del emperador, dijeron que eran hasta 70,000.

Cuando Graciano recibió tan grave noticia volvió á llamar las cohortes que había enviado delante á la Panonia y reuniéndolas con las tropas que con sabia prevision había dejado en la Galia, puso á su cabeza al general Nanieno, probablemente el mismo que mas arriba se menciona con el nombre de Naneno, hombre tan circunspecto como enérgico, y con igual graduación mandó á Melobaudo, jefe de la servidumbre de palacio, guerrero valiente y rey de los francos, es decir caudillo de una ó varias tribus.

Aquí tenemos un ejemplo de que en aquellos tiempos no eran incompatibles la jefatura de una tribu bárbara con un cargo militar al servicio de Roma; se entiende cuando la tribu estaba aliada ó en correspondencia amistosa con el imperio, pues de otro modo no podían tales oficiales continuar siendo jefes en su país, como se ve en los ejemplos de Vadomaro y Hortari. Un siglo después concedieron los emperadores el título de patricio ó de cónsul á caudillos ó reyes bárbaros; pero este título no envolvía ningún cargo efectivo y no pasaba de ser una mera distinción honorífica que á nada obligaba y no dispensaba de los grandes regalos y subsidios cuando se quería obtener el concurso armado de los agraciados y de sus pueblos.

Ya dijimos en otra parte de esta obra que es completamente errónea la opinión de que los reinos ó monarquías alemanas deban su origen á caudillos que como Melobaudo ejercían altos cargos en el ejército del imperio romano. El principio monárquico es innato en la raza germánica; data del período primitivo de su existencia y es anterior por tanto á todo contacto del pueblo con Roma. Reyes y reyezuelos tenían por ejemplo los sicambros y francos sin que jamás hubiesen estado al servicio de Roma.

A veces podía influir en la reunión de estos dos cargos el deseo de asegurar la posesión tranquila del territorio ocupado por la tribu ó pueblo del caudillo al servicio de Roma, el auxilio de esta en caso de verse atacada por otros pueblos bárbaros, ó en fin el sentimiento de la necesidad de paz y de la vida sedentaria. Así sucedió en el caso de que tratamos, porque no hallándose los diferentes pueblos germánicos todavía circunscritos dentro de límites fijos, no podía haber jamás paz, y entonces cabalmente amenazaban los alamanos tanto al imperio como á los grupos francos. Eran de consiguiente enemigos comunes de ambos. Un siglo después la victoria de Clodoveo limitó el territorio de los alamanos á la cuenca superior del Rhin y en su mayor parte á la orilla derecha.

Dicho esto volvamos á nuestra narración: Nanieno aconsejó una actitud expectante, que para el impetuoso Melobaudo era una tortura insufrible.

Cerca de Argentaria, según unos hoy Colmar, según otros Horburg, en frente de Colmar, ó bien Neubreisach, llegaron ambos ejércitos á las manos. Los trompetas romanos tocaron ataque; las flechas, dardos y picas arrojadas se cruzaron en el aire y causaron muchas bajas en ambas huestes, pero solo cuando se generalizó la lucha conocieron los romanos la colosal superioridad numérica de los bárbaros y la imposibilidad de resistirles en el llano, porque ya empezaban á ceder y aun á arremolinarse sus filas. Por tanto, aprovechando un momento favorable, se retiraron por las angosturas del bosque á una posición mas fuerte, bien que no hasta los Vosges. Los alamanos al ver relucir á lo lejos las enseñas y armas romanas, creyeron que eran de otro ejército que llegaba conducido por el mismo emperador; se espantaron y volvieron la espalda, y los romanos entusiasmados echaron tras ellos. Alguna que otra tentativa de volver y hacer cara á los perseguidores no produjo efecto en los demás fugitivos, entre los cuales los romanos hicieron un degüello tal, que de toda la hueste alamana solo pudieron salvarse en las selvas espesas unos 5,000 individuos. Entre los muertos encontrése luego al rey Priario, uno de los instigadores mas activos de estas empresas de invasión.

El emperador recibió la noticia de esta victoria en el camino hacia las provincias orientales del imperio, y resolvió aprovechar tan favorable ocasión para acabar de una vez con todo el pueblo almano. Con este objeto varió de camino y pasó sigilosamente el Rhin; pero no pudo ocultar al enemigo

la marcha por su país, y avisados los habitantes por sus amigos, que anunciaban uno tras otro la aproximación de los romanos, estuvieron bastante indecisos y aterrados. No podían hacer resistencia por la gran pérdida de hombres que acababan de experimentar, ni esperar remedio de embajadas y proposiciones de paz: no tenían mas recurso que el primitivo y de jamás desmentida eficacia, el de ocultarse con sus familias, ganados y ajuar en las montañas mas ásperas é inaccesibles, en cuyas cumbres peñascosas estaban resueltos á defenderse hasta el último momento.

Graciano hizo salir de las filas á los soldados mas diestros que se prestaron á emprender el asalto de aquellas fortalezas naturales, y eligió de cada legión 500, cuyo entusiasmo se aumentó al ver tomar parte en su difícil empresa en primera fila al mismo emperador. Estaban seguros de que una vez arriba cogerían á los bárbaros como gamos, sin combate, pero no llegó este caso, porque habiendo empezado la subida al medio día, hizo noche sin haber alcanzado ninguna ventaja, y con muchas bajas por ambas partes. Los soldados de la guardia imperial padecieron mas que los otros, porque con sus armas y adornos de oro y colores vivos, fueron un excelente blanco para los peñascos y otros proyectiles pesados que les arrojaban los sitiados, los cuales quedaron vencedores á pesar de los esfuerzos, gallardía y arrojo de los mejores soldados romanos.

Reunido el consejo de guerra por Graciano, se halló que sería imprudente continuar en el empeño de asaltar peñas tan escarpadas, y después de muchas proposiciones resolvióse rendir á los sitiados por hambre sin exponerse á pérdidas de gente, formado delante de la sierra una línea de trincheras y parapetos para resistir á las embestidas de los bárbaros cuando bajasen desesperados á intentar una salida; pero estos no hicieron tal cosa ni tampoco se rindieron. Prácticos en el país desocuparon las alturas y se retiraron á otras que había detrás, mas elevadas todavía y mas escabrosas. Siguióles allí el emperador y empezó á formar un nuevo cordón militar fortificado, decidido á no ceder ni renunciar á su empresa; pero pronto pudo convencerse de que aunque saliera al fin vencedor, perdería un tiempo precioso con grave daño del imperio oriental, entonces en situación apuradísima. Así, cuando los alamanos, aterrorizados de verse cercados con tanta tenacidad, viendo que su total exterminio era solo cuestión de días, enviaron una embajada y pidieron al emperador la paz, sometiéndose á todo, Graciano aceptó y se contentó con exigir que todos los hombres jóvenes entrasen en el ejército romano. Con esta condición permitió á los demás hasta que volvieran á ocupar el territorio que habían abandonado.

Las noticias que se han conservado de los sucesos que ocurrieron desde esta campaña hasta la entrada en escena de Clodoveo, es decir el período de un siglo, son escasísimas y además lacónicas y oscuras respecto de los germanos occidentales. Mientras hablan muchos de las luchas y traslaciones de los pueblos godos, apenas dicen algo de los alamanos, borgoñones, francos, sajones y casi nada de los hermanduros (turingios), marcomanos y demás pueblos suevos, cuyos nombres y nada mas solo se citan con ocasión de hablar de las batallas libradas por romanos ó hunos. Este silencio es tanto mas de lamentar cuanto que cabalmente debieron de ocurrir en este período muchos movimientos de traslación y notables cambios en la organización interior de todos estos pueblos.

De Graciano solo sabemos que el escarmiento dado á los alamanos aterrizó por algún tiempo á los pueblos bárbaros de la frontera occidental, y que el emperador, después de castigar al escudero locuaz que había enterado á sus compatriotas